

Centro Bíblico Pastoral para América Latina del CELAM
Estudio Bíblico de base para la Lectio Divina del Evangelio del Domingo
Cuarto del Tiempo Ordinario – 03 de Febrero de 2007

EL DISCÍPULO DEL SEÑOR
en el camino paradójico de las Bienaventuranzas
Mateo 5,1-12^a

*“Todos ciertamente queremos vivir felices,
y en el género humano no hay nadie que no comparta esta propuesta,
aún antes de que ella sea enunciada”*
(San Agustín)



*“Bienaventurados los pobres... los mansos... los que lloran...
los que tienen hambre y sed de la justicia... los misericordiosos...
los limpios de corazón... los que trabajan por la paz...
los perseguidos por causa de la justicia”*

Introducción

Es verdad, como leímos arriba en la frase de San Agustín, que todo hombre se identifica con la propuesta del “ser felices”, pues se trata de un anhelo universal. Pero también es verdad que cuando escuchamos esta propuesta en boca de Jesús hay algo novedoso: nuestra vocación a la bienaventuranza tiene un fundamento, un camino y una realización que no tienen parangón con ninguna de las propuestas que nos puede hacer la sociedad.

Permitámonos traer a colación un célebre pensamiento de Karl Rahner:

“La significación del hombre no aparece en la significación y la felicidad de este mundo, sino en la experiencia del riesgo y de la confianza ciega que no tiene verdaderamente ningún apoyo suficiente en los éxitos de este mundo...”

Los hombres espirituales y los santos han adquirido este gusto de vivir que aparece ante los otros hombres como desdeñable...

De ahí su curiosa vida, su pobreza, su deseo de humildad, su espera impaciente de la muerte, su disposición para el sufrimiento, su deseo secreto de martirio...

No es que ellos no estén dispuestos a aterrizar en la banalidad de lo cotidiano... No es que ignoren que nosotros no somos ángeles... sino que ellos saben que el hombre... debe verdaderamente vivir entre Dios y el mundo, entre el tiempo y la eternidad y ésta en la existencia real”

(“Vivre et croire aujourd’hui”, Paris 1967, pg.36)

Con esta motivación entremos en la lectura de las Bienaventuranzas en el evangelio de Mateo (5,1-12) que la liturgia nos propone para este domingo, donde Jesús presenta el perfil de un discípulo suyo.

Leamos despacio el texto:

“¹Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron.

²Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo:

³Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

⁴Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

⁵Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

⁶Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados.

⁷Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

⁸Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

⁹Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

¹⁰Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

¹¹Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.

¹²Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros”

1. El texto en su contexto

Una vez que hemos leído en los domingos anteriores los relatos de infancia de Jesús (Mateo 1-2), el relato del inaugurales de Bautismo de Jesús (3,13-17), los rasgos más importantes de la actividad

misionera de Jesús (4,12-23), nos sumergimos ahora en el primer gran discurso de Jesús: el Sermón de la Montaña (Mateo 5-7).

1.1. El aprendizaje de las enseñanzas de Jesús: los cinco grandes discursos del Maestro

Puesto que el “discípulo” es el que aprende a poner en práctica los mandatos de Jesús (ver Mateo 28,20^a), lo primero que tiene que hacer es tomar contacto con las grandes enseñanzas de su Maestro.

Esa parece ser la razón por la cual el evangelista Mateo agrupa todas las enseñanzas fundamentales de Jesús –que en los otros evangelios aparecen dispersos en otros lugares- en cinco grandes discursos:

- (1) Discurso sobre la identidad del discípulo, mejor conocido como “Sermón de la Montaña” (Mateo 5-7).
- (2) Discurso sobre el ejercicio de la Misión (Mateo 10).
- (3) Discurso sobre el discernimiento cristiano, también conocido como “de las Parábolas” (Mateo 13,1-53).
- (4) Discurso sobre la vida en comunidad, llamado igualmente “Discurso eclesiástico” (Mateo 18).
- (5) Discurso sobre el fin de los tiempos o “Discurso escatológico” (Mateo 24-25).

Todos estos discursos corresponden a un programa que bien podría llamarse “el aprendizaje vital de la Palabra de Jesús”. Se caracterizan porque además da dar los grandes principios de vida, enseñan a ponerlos en práctica. De hecho, el problema no es solamente saber lo que Jesús quiere que “haga” sino el “cómo hacerlo”.

1.2. El primer gran discurso: el Sermón de la Montaña

El Sermón de la montaña responde a la pregunta: ¿Cuál es el “hacer” distintivo de un discípulo del Reino? Esta pregunta podría especificarse todavía más así: ¿Qué sucede en el corazón de aquel que se hace discípulo de Jesús? ¿En qué consiste la novedad de vida? ¿Cuáles son los puntos distintivos? Jesús responde con una enseñanza bien organizada y concreta, que diseña el “mapa” de la vida cristiana desde sus ángulos fundamentales. El eje de todo está en la frase: “**Buscad primero el Reino y su Justicia**” (6,33).

Los invitamos a leer desde ya todo el Sermón completo (Mateo 5-7), para sentir la fuerza de las enseñanzas y también la lógica une cada una de sus partes.

Este es uno de esos discursos que sabe hablar al corazón de forma contundente, pero también encantadora. El perfil del discípulo está ahí y dan ganas de encarnarlo. En buena parte suena como norma, si bien lo más importante es que se trata del mismo latir del corazón de Jesús que se impregna en el del discípulo.

Como iremos notando en la lectura de Mateo en este año, el corazón nuevo del discípulo se distingue por su manera de entablar las relaciones. Se trata del aprendizaje de la relacionalidad típica del “Reino”, o sea, (1) con los hermanos (Mateo 5,17-48), (2) con Dios Padre (Mateo 6,1-18); en las cuales media (3) el justo uso de los bienes de la tierra (Mateo 6,19-34). Algunos avisos complementarios se agregan a esta enseñanza (Mateo 7,1-11). La plenitud de la Ley de Dios está en esta propuesta de Jesús (Mateo 5,17 y 7,12).

La enseñanza central sobre “la relacionalidad según el Reino” (Mateo 5,17-7,12), está enmarcada por la bella introducción de las “Bienaventuranzas” y “la misión del Bienaventurado” (Mateo 5,1-16) y la extensa conclusión sobre los elementos evaluativos para reconocer si una persona está o no en la esfera del Reino (Mateo 7,13-27).

1.3. El contexto inmediato de las Bienaventuranzas

El “Sermón de la Montaña” se abre con la proclamación de la “bienaventuranzas”.

Recreemos brevemente el escenario: En sus viajes misioneros, Jesús se ha encontrado con la dura realidad de su pueblo, a todas las personas y en las diversas formas de su sufrimiento. Él les ha hecho experimentar la Buena Nueva del Reino (ve Mateo 4,23-24). La multitud sanada no vuelve a casa inmediatamente sino que se deja educar por Jesús en la vida nueva que para ellos ha comenzado.

Esto es importante porque, como precisa el evangelista, los que se han visto sanados por Jesús ahora comienzan un camino de discipulado: “**Y le siguió una gran muchedumbre**” (4,25; el término “seguir” no es casual). Notemos la relación entre la escena de “sanación” y el itinerario de formación que Jesús ahora les ofrece: la vida nueva no solamente se recibe como una gracia (indicada en la curación) sino que hay que “aprenderla”; hay que “darle cuerpo” a la vida nueva, hay que darle estructura a la conversión; para ello es la instrucción de Jesús.

Frente a esta muchedumbre (“**Viendo la muchedumbre...**”, 5,1a), Jesús da dos pasos iniciales:

(1) “**Subió la montaña**” (5,1b), lo cual parece evocar la subida de Moisés al Sinaí para recibir y proclamar la Ley de Dios (ver Éxodo 19,3; aunque aclaramos: las bienaventuranzas no son leyes sino valores). El evangelio terminará también con Jesús dando su última instrucción desde lo alto de un monte en Galilea (ver 28,16).

Pero en el evangelio de Mateo el “subir a la montaña” también está relacionado con la oración: Jesús subía muchas veces a la montaña para encontrarse con su Padre (ver Mateo 14,23; 17,1), por eso, “subir a la montaña es el permanecer constante de Jesús en el corazón del Padre, de donde saca el maravilloso don de las bienaventuranzas” (Clemencia Rojas).

(2) “**Se sentó**” (5,1c), actitud propia de un Maestro que da instrucciones u órdenes.

Ambos términos nos muestran la autoridad con la que Jesús va a hablar y nos invitan a atender y acoger la revelación en calidad de discípulos (“**y sus discípulos se le acercaron**”, 5,1d).

Los tres planos que configuran el escenario de la proclamación del primer gran sermón de Jesús (Jesús, los discípulos y la muchedumbre) nos recuerdan la ocasión en la que Moisés sube a la montaña junto con los ancianos (Éxodo 24,1), mientras que a los pies de la montaña permanece el pueblo.

Entonces se da inicio a la enseñanza. En el texto griego leemos literalmente: “**Y habiendo abierto su boca, les enseñaba diciendo**” (5,2).

La expresión “**abrir la boca**”, que equivale a “**tomar la palabra**”, nos reenvía a la frase que Jesús le dijo al tentador en el desierto: “**No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios**” (4,4). De la “palabra que sale de la boca” de Jesús, “vive” el discípulo. Esto vale, no sólo para este sermón, sino para todas las enseñanzas de Jesús. Este es el alimento que necesita la gente, los milagros solos no bastan, hay que explorar la belleza y apropiarse de la riqueza de la vida del Reino (ver 4,24).

2. Una lectura de las Bienaventuranzas a partir de su estructura interna

En cada línea de las bienaventuranzas se pueden distinguir siempre tres partes. Tomemos como modelo la primera:

- (1) la declaración “**Bienaventurados...**”, que será repetida siempre al comienzo;
- (2) la situación o la actitud que sirve de base para la experiencia: “...**los pobres de espíritu**” (en este caso se trata de una actitud); y
- (3) la causa de la bienaventuranza: “...**porque de ellos es el Reino de los Cielos**”.

2.1. La declaración “Bienaventurados”

Nueve veces se repite la palabra “**Bienaventurados**”, pero las bienaventuranzas en realidad son ocho, ya que la novena es una ampliación de lo dicho en la octava.

La expresión describe el nuevo estado en el que se encuentra todo aquel que ha entrado en el ámbito del Reino de Dios: el estado de plenitud interna que comúnmente llamamos “felicidad”.

La bienaventuranza es la atmósfera de la vida del Reino, un Reino que ya está siendo experimentado: atención con la expresión “**de ellos es el Reino**” (5,3 y 10). Por eso, la repetición nueve veces del mismo término pareciera querer ayudar a una toma de conciencia: “Porque Usted sigue a Jesús, ya tiene todos los motivos para ser feliz; ¡Mire lo que Dios está haciendo en su vida!”.

¡Qué estaría viviendo la multitud aquel día, cuando Jesús le puso el espejo al frente y los invitó a reconocer su nuevo estado de vida!

2.2. Las actitudes o situaciones que paradójicamente abren las puertas para la felicidad del Reino

Las ocho bienaventuranzas van describiendo progresivamente el rostro de un discípulo de Jesús, y –si nos fijamos bien- notaremos que se trata del mismo rostro de Jesús.

(1) La pobreza en Espíritu (5,3): indica la apertura total a Dios y a los hermanos. El “rico” en espíritu es el autosuficiente y orgulloso (ver Apocalipsis 3,17). El Reino se recibe cuando se reconoce la radical necesidad de Él (el evangelio da numerosos ejemplos de ello).

(2) La mansedumbre (5,4): describe a la persona que ejerce el control de sí misma en sus emociones e impulsos (ver el Salmo 37), que no pretende dominar ni controlar a los otros; es la persona que sabe convivir.

(3) Las lágrimas (5,5): se refiere al estado de una persona en proceso de duelo por su propia desgracia o la de los otros; generalmente se vive en las rupturas de relación (la muerte, un pecado, etc.). De alguna manera se refiere a la pobreza porque hay un vacío que pide ser llenado.

(4) El hambre y la sed de la justicia (5,6): “hambre y sed” son dos necesidades vitales del ser humano que no admiten dilación para la solución. Esta búsqueda compulsiva de lo esencial para vivir se traslada al terreno de las relaciones: recomponer las relaciones deterioradas, es decir, la “justicia”.

(5) La misericordia (5,7): en el evangelio de Mateo el término “misericordia” está casi siempre asociado al de “perdón”. Pero hay un punto de vista más amplio: donde quiera que alguien sufra allí hay que reconstruir –mediante una acogida efectiva- el tejido social deteriorado.

(6) La pureza de corazón (5,8): no se refiere a una especie de inocencia (que pareciera congénita en algunas personas) sino estado de limpieza interior en que se encuentra todo aquel que ha sido purificado por el sacrificio redentor de Jesús. En un corazón puro las motivaciones son distintas a las de los demás: no hay codicia, no se guarda rencor, se valora objetivamente, sólo se desea el bien a los demás.

(7) El trabajo por la paz (5,9): de nuevo nos encontramos en el ámbito relacional, particularmente en ambiente conflictivo; en lugar de insistir en lo que puede desunir, por el contrario se aporta siempre a lo que puede mantener y hacer crecer las buenas relaciones: las propias y las de los demás.

(8) La persecución por causa de la justicia (5,10-12): la identificación con Jesús y el compromiso profético con su Reino (ver todo lo anterior) tiene su precio: lleva a compartir el destino doloroso del Maestro. La persecución viene de diversas formas, pero la más destacada es la difamación. Pero a pesar de toda la violencia que se le viene encima, el discípulo no responde con violencia; es verdad que es una víctima inocente, pero su actitud es otra, la de la resistencia de la alegría: no hay alegría mayor para un discípulo que el saber que se parece en todo a su Maestro Jesús.

2.3. Es Dios Padre quien causa la felicidad

Es importante que notemos que dicha felicidad proviene, no del punto de partida (la pobreza, las lágrimas, la mansedumbre, etc.) sino del punto de llegada, es decir, de la obra de Dios Padre (“de ellos es el Reino”, “poseerán la tierra”, “serán consolados”, etc.). Dios es la causa de la alegría. En otras palabras: se es feliz porque Dios está obrando en uno, gracias a la Buena Nueva proclamada y realizada por Jesús.

Por eso en la proclamación de las bienaventuranzas Jesús nos está haciendo un bello anuncio sobre Dios Padre, quien es el Dios del Reino, aquel a quien le decimos: *“¡Padre... ¡Venga tu Reino!”* (Mateo 6,10).

Releyendo las Bienaventuranzas podríamos decir:

- Somos felices porque Dios Padre nos ofrece su Reino, ése ocuparse de nosotros benévola y eficazmente como Padre y Pastor.
- Somos felices porque Dios Padre nos da la herencia de la tierra, la meta de la comunidad fraterna y amorosa hacia la cual peregrinamos: nos sentará a su mesa.
- Somos felices porque en Dios Padre hallamos consolación: sanación de nuestros dolores más profundos.
- Somos felices porque Dios Padre sacia nuestra hambre y sed: en él lo tenemos todo.
- Somos felices porque Dios Padre nos abraza con su misericordia a pesar de nuestras debilidades y pecados.
- Somos felices porque Dios Padre nos deja verlo cara a cara gracias la “purificación” que hemos recibido en la Sangre de su Hijo.
- Somos felices porque Dios Padre nos reconoce como hijos suyos en su Hijo Jesús, porque somos parecidos a Él, esto es, reconciliadores.
- Somos felices porque Dios Padre nos reconoce como realizadores del Reino junto con Jesús cuando vamos –como él- hasta las últimas consecuencias de la opción y de la misión.

3. Profundicemos en las dos primeras bienaventuranzas

No hay que leer a las carreras la Bienaventuranzas. Cada una de las bienaventuranzas es una bella escuela de discipulado. A manera de ejemplo detengámonos en las dos primeras.

3.1. La primera bienaventuranza: Aprender el espíritu de pobre

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (5,3)

Los primeros a quienes Jesús dirige sus bienaventuranzas son los pobres. Si tenemos en cuenta la situación social de los tiempos de Jesús no nos debería extrañar del anuncio de la buena noticia del reino de los cielos comenzara con ellos, con el anuncio del cambio de su situación gracias a la acción poderosa de Dios. Esta buena noticia había sido prometida por las antiguas profecías:

“Los humildes y los pobres buscan agua pero no hay nada. La lengua se les secó de sed. Yo, Yahvé, les responderé. Yo, Dios de Israel, no los desampararé” (Is 41, 17).

¿Quiénes son estos “pobres”?

En el Evangelio de Lucas se habla de los pobres en contraposición a los ricos (ver Lc 6, 20 y 24), siendo una referencia a los pobres “materialmente” hablando, pero en cambio en Mateo la noción de pobreza parece ser más profunda, de hecho dice, “***pobres en espíritu*”**.

Según el Evangelio de Mateo (ver Mateo 19,21 y 26,9.11) “pobre” es aquel que ha sido doblegado por la vida, el que sabe por experiencia que salir adelante de las dificultades de la vida no es posible por sí mismo sino que necesita de un apoyo.

Por lo tanto, más que una situación (la carencia de bienes materiales), Mateo está señalando una actitud: pobre es el que reconoce sus pecados y sabe que no puede exigirle nada a Dios. Pobre es el que está atento listo para aferrar la mano que se le tiende. El pobre sabe que la salvación es recibida por mano de otro.

Su actitud es la opuesta a la del “rico de corazón”: aquel que está “lleno” de riquezas, de saber, de piedad y de buenas obras. Aquel que no espera nada de nadie, el autosuficiente que está seguro de sus logros y cree haberse ganado ya la vida futura. Para él el reino es una carga y no un don.

“Pobre en espíritu” también podríamos definirlo como espíritu de pobreza: saber y reconocer abiertamente que sin Dios y los otros nuestra vida sería caduca y que padeceríamos de la mayor de las limitaciones.

Jesús es el modelo de la bienaventuranza

Jesús es el modelo del “pobre en espíritu” porque pasó toda su existencia terrenal con los ojos puestos en Dios Padre, poniendo sólo en él su seguridad y su esperanza. Siendo capaz de exhalar su último suspiro con una oración de entrega confiada en los brazos del Padre.

Esta bienaventuranza se realiza plenamente entonces en la escena de la Cruz: en el abandono total en los brazos del Padre.

Jesús les había enseñado esto a sus discípulos. Es una actitud fundamental del discipulado, ya condición para el seguimiento es la profunda libertad ante los bienes de la tierra. Así Jesús se lo propuso al joven rico (Mt 19, 21).

En conclusión

El verdadero pobre entonces sabe dar y recibir, elemento fundamental de la construcción de una comunidad, mediante la complementariedad de dones y carismas y el compartir de bienes.

Un ejemplo concreto de “pobre” en el evangelio es el niño, quien necesita de sus padres (de su amor), de su atención, de su tiempo y de sus orientaciones para poder integrar su personalidad y construir un proyecto de vida sólido. Así somos también nosotros ante Dios quien es el único que puede darle el soporte, la orientación, el sentido fundamental a nuestra existencia, por eso Jesús dice sino cambiáis y os hacéis como los niños no entraréis en el reino de los cielos (Mt 18, 3).

3.2. La segunda bienaventuranza: Aprender la “mansedumbre”

“Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra” (5,4)

¿Quién es el “manso”?

Según el Salmo 37 (de donde está sacada esta bienaventuranza, ver el v.11), “mansa” es aquella persona que se sabe autocontrolar. No es tanto aquel que por naturaleza es bondadoso o no reacciona frente a las agresiones (lo que llamamos un “bobo”). Por el contrario el manso es una persona por naturaleza impulsiva que ha aprendido en Dios a poner en orden sus impulsos y sentimientos. Lo contrario del manso es “el malvado” quien descarga su violencia con palabras y acciones.

Podríamos decir que “manso” es quien cumple estas seis condiciones:

- Cuando uno no abusa del poder: no se rebaja a otras personas ni se intenta acapararlas para sí o someterlas
- Cuando uno no impone a la fuerza los propios intereses o puntos de vista
- Cuando uno sabe controlarse en las emociones, tendencias y deseos
- Cuando uno sabe manejar situaciones de conflicto sobre todo cuando la víctima ha sido uno mismo
- Cuando uno es capaz de aceptar al otro con sus diferencias y le da al otro espacio para que pueda respirar y vivir
- Cuando se reconoce al otro, siendo capaz de ver ante todo sus valores

Jesús es el modelo de la bienaventuranza

Jesús es modelo de mansedumbre. El mismo se presentó como un Maestro manso y humilde corazón (Mt 11, 29). Y también como el rey manso que entra triunfalmente a Jerusalén (Mt 21, 5-11).

En fin...

El manso es bienaventurado ante todo porque es un hombre libre y porque ha asimilado el estilo de vida de Jesús. Jesús mismo dice que los mansos heredarán la tierra esto es el espacio en el cual se realiza en

proyecto del pueblo de Dios: la comunidad solidaria y fraterna. Solo los mansos pueden formar verdadera familia y comunidad.

Muchos conflictos familiares y comunitarios están relacionados con la poca atención a esta segunda bienaventuranza¹.

4. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

4.1. ¿Sobre que hilo conductor se teje el evangelio según san Mateo? ¿Es importante que lo leamos hoy?

4.2. ¿Me considero una persona “feliz”? ¿De dónde proviene esta felicidad? ¿Qué caminos me propone Jesús?

4.3. En el núcleo de la proclamación del Reino está el conocimiento del rostro bendito de Dios Padre. ¿Qué experiencia de Dios Padre me invita a vivir Jesús?

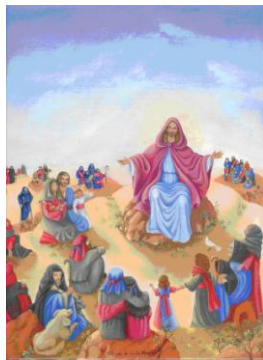
P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM

Un estudio más extenso de cada una de las bienaventuranzas en: Oñoro, Fidel, **En los Brazos del Padre. Cómo hacer un proyecto de vida a la luz del Evangelio de Mateo** (CELAM; Bogotá, Santiago, México, 1999). Disponible en la tienda virtual del CELAM: editora@celam.org



¹ Invitamos al estudio completo de cada una de las bienaventuranzas en: F.Oñoro, **En los brazos del Padre. Cómo construir un proyecto de vida a la luz del evangelio de Mateo** (CELAM, Bogotá-Santiago-México 1999).

Pensamiento Patrístico: “Felices los pobres en espíritu”



“Sed pobres en espíritu, para que sea vuestro el Reino de los Cielos. ¿Por qué tenéis miedo de ser pobres? Pensad en las riquezas del Reino de los cielos. Se tiene miedo de la pobreza. Más bien que se le tema a la iniquidad. De hecho, después de la pobreza del justo viene una gran felicidad, porque la seguridad es completa. Pero aquí, cuanto más crecen las riquezas –llamadas así aunque sin serlo– tanto más crece el temo y no tiene fin la codicia.

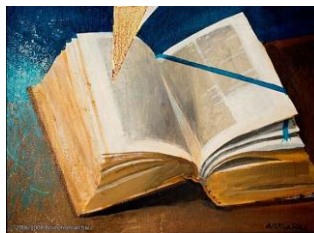
Me puedes presentar muchos ricos: ¿Podrás presentarme un solo que esté seguro? Arde para adquirir, teme por el miedo a perder. ¿Cuándo será libre un esclavo así? Todo aquel que está al servicio de un dueño es esclavo, ¿Cómo puede ser libre quien sirve a la avaricia? Por eso ‘felices los pobres en espíritu’.

¿Qué quiere decir ‘Pobres en espíritu’? Pobres por decisión propia, no por sus recursos económicos. Aquel que es pobre en espíritu es humilde. Y Dios atiende el gemido de los humildes y no desprecia sus súplicas. Fue así que el Señor comenzó su sermón: por la humildad, esto es, por la pobreza. Podrás encontrar a un hombre religioso, con abundancia de bienes terrenos, y con todo no estar hinchado de soberbia. Y podrás encontrar a un hombre indigente, que no posea nada, y con todo, apegados a tonterías. Este no tiene más esperanza que aquel. Aquel es pobre en espíritu porque es humilde; este es pobre, pero no en espíritu. Fue por eso que Cristo Señor cuando dijo ‘felices los pobres’, agregó ‘en espíritu’.

(San Agustín, Sermón 53 A, 2)

Anexo 1

Pistas para las otras lecturas del Domingo



Sumario: Los textos de este domingo están en armonía con la primera bienaventuranza: “Felices los pobres en espíritu”. Se evoca la intervención del Señor a favor de quien no se basta a sí mismo y pide ayuda. Por boca del profeta Sofonías, el Señor le promete a un pueblo pequeño y pobre, y por tanto frágil e indefenso, que vivirá en paz. En el Salmo, Dios hace justicia a los oprimidos. En la segunda lectura a los Corintios, Pablo afirma que Dios escogió lo más débil del mundo para confundir a los fuertes.

Primera lectura: Sofonías 2,3 y 3,12-13

La profecía de Sofonías es una de las más oscuras de toda la Biblia. Ha inspirado la antigua secuencia de la misa de difuntos: “Dies Irae” (Día de la Ira).

Sofonías anuncia “el día de la Cólera de Yahvé”. Esta manera de hablar hoy puede sonar chocante para nuestra sensibilidad occidental. Por eso es importante situarla en su contexto: su época y su sentido. En el siglo VII aC, los pequeños reinos de Israel y de Judá estaban siempre amenazados por los vecinos poderosos: el imperio Egipcio por el costado suroccidental y los imperios Asirio y el imperio Neo-babilónico por el costado nororiental. Con mucha frecuencia se veían envueltos en medio del torbellino de los grandes conflictos internacionales y eran presa deseable de ellos.

El profeta interpreta las guerras, los saqueos y las sucesivas destrucciones a que son sometidas estas ciudades como el justo castigo de Dios por las infidelidades de este pueblo que hizo Alianza con Él.

La liturgia de hoy nos presenta dos extractos de la profecía.

El primero (Sof 2,3) es una invitación a la conversión. Comienza diciendo: “**Buscad a Yahvé, vosotros humildes de la tierra...**” (2,3^a). Se hace mediante un llamado a la humildad, la cual consiste en la docilidad de mente y corazón para vivir según la Ley del Señor (“**Vosotros... que cumplís sus mandatos**”, 2,3b). También se puede traducir: “pobres de la tierra”, entendiendo no la pobreza material sino la de corazón (como en el evangelio de este día). La idea es que quien se inclina ante el Señor y camina según sus normas será salvo.

El segundo extracto es un mensaje de esperanza. Comienza con el anuncio de un “resto de Israel”, desde el cual –como si fuera una semilla- se reinará todo el pueblo de Israel: “**Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, se cobijará al amparo de Yahvé**” (3,12). Este anuncio abre un nuevo panorama hacia el futuro: el sol brillará de nuevo como cuando lo hace después de una tempestad. Purificado por la prueba, el pueblo vivirá según los criterios de Dios. Entonces prosperará la paz tan anhelada: “**Ya no cometerán injusticias ni dirán mentiras, ya no ocultará su boca lengua embustera. Se apacentarán y reposarán sin que nadie los turbe**” (3,13).

Salmo responsorial: Salmo 145

Este Salmo enumera titánicamente las maravillas realizadas por Dios en medio de su pueblo. Se trata de la constatación de una realidad y también del deseo de que esto se realice plenamente. Nótese el tono optimista de esta bella oración.

Al mismo tiempo que el Salmo va explorando los diversos ámbitos en los cuales se percibe la acción salvífica de Dios (los oprimidos, los hambrientos, etc.), nos invita también al compromiso. La contemplación de Dios nos lleva a volvernos imagen de él para los demás. El Reino de Dios se realiza de esta manera.

Pero no hay que darse solamente con los detalles, ésta es la Buena Nueva le da la respiración interior a la oración sálmica: ***“El Señor es tu Dios para siempre”***.

Segunda lectura: 1ª Corintios 1,26-31

Al llegar a esta lectura nos percatamos que en este domingo todas las lecturas tienen una gran unidad: el anuncio de la intervención de Dios a favor de los humildes. Por medio de Sofonías, Dios le prometió al pequeño resto de Israel el vivir en paz. En el Salmo, se enfatizó que le hace justicia a los desfavorecidos. Ahora es Pablo quien vuelve sobre el tema diciéndonos que ***“Dios ha escogido más bien lo débil del mundo, para confundir lo fuerte”*** (1,27b). Precisamente, en esta misma línea, el evangelio de las bienaventuranzas comienza con ***“Felices los pobres de corazón porque de ellos es el Reino de los Cielos”*** (Mt 5,3).

Correlacionemos entonces las palabras de Pablo con las Bienaventuranzas de Jesús.

La Buena Nueva que Pablo anuncia por encargo del Señor no es la expresión de la sabiduría humana sino la revelación de la suprema sabiduría de Dios.

Pablo contrapone la sabiduría humana y la locura del mensaje cristiano (1,18-25; versículo anteriores al pasaje que leemos aquí). Al mismo tiempo Pablo tiene ante sus ojos la manera como sucedió la fundación de la Comunidad cristiana de Corinto. Éste relato fundacional es el núcleo de la lectura que hacemos hoy: la sorprendente manera que Dios escogió para que la semilla del Evangelio entrara profundamente en una población tan difícil como la corintia.

Corinto forma parte del mundo griego, tan amante de la sabiduría filosófica: la búsqueda de los fundamentos, el cuadro de pensamiento lógico y bien argumentado, el discurso pulido y convincente. Pablo nota maravillado, a partir de su experiencia allí en Corinto, que la verdadera sabiduría humana no es solamente aquella que es fruto de la búsqueda filosófica, gracias al prodigio de la mente humana, sino aquella es recibida como un don de Dios. Dicho don se le ofrece a aquellos que tienen el corazón abierto para acogerlo: éstos son ante los “sabios según la carne”, lo “necio” y lo “débil” del mundo.

El anuncio, finalmente, no es un nuevo sistema filosófico sino una persona: Jesús, aquel a quien Dios constituyó ***“sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención”*** (1,30b). La vida cristiana consiste en ***“estar en”*** Él (1,30ª). La evangelización no es sólo cuestión de exposiciones teóricas sino introducir a fondo a la vida en Cristo, partiendo de nuestras búsquedas y debilidades.

(J.S. y F.O.)

Anexo 2

Pistas para animadores de la liturgia



I

Este domingo entramos en la lectura del Sermón de la Montaña, donde está la enseñanza básica del discípulo de Jesús. El sermón comienza con las bienaventuranzas. Por eso el texto bíblico (el leccionario en este caso) debe ser destacado: Jesús es el Maestro, la “voz” de Dios.

Una forma de atraer la atención hacia Jesús Maestro (y también nuevo Moisés que entrega la Palabra de Dios a su pueblo) es respetar el ambón como lugar reservado para la Palabra (no para las moniciones introductorias). Más aún se podría destacarlo con una bella ornamentación.

II

Es claro que las “Bienaventuranzas” marcan el tema dominante de la celebración de este domingo. Es importante explorar el tema en forma positiva, a partir de la aspiración humana universal a la felicidad. Pero no hay que perder de vista que la felicidad que Jesús no es comparable a ninguna otra: ésta es una revelación de lo alto, es el acontecer el Reino, es la obra del Padre en el terreno del corazón humano que se identifica con Jesús pobre, sufriente, misericordioso, etc. Vale recordar que en la historia de santidad de la Iglesia hay muchos ejemplos de “bienaventurados”, modelos de esta realización humana integral.

III

Sugerencias para los lectores.

Primera lectura: El texto usa frases pleonásticas, o sea, frases que tienen el mismo sentido, pero cuya repetición refuerza el sentido. Aquí los incisos son importantes, sin dejar caer el tono de la voz, pero eventualmente elevándola. “los **humildes**... **que cumplís** sus normas”; “buscad la **justicia**... la **humildad**”; “pueblo **humilde** y **pobre**... de Yahvé se cobijará”; “No cometerán más **injusticia**, no dirán **mentiras**... **lengua embustera**”.

Segunda lectura: Hay que estar atentos a las series de enumeraciones, destacándolas con breves incisos. Con una respiración bien llevada se hará la fuerza de las frases antitéticas (contrapuestas) del tipo “lo que es necio del mundo,/ para confundir a los sabios”. Evítese leer a las carreras y más bien hágase sentir la fuerza poética del texto.

(V.P. – F.O.)

Anexo 3

Hacia la homilía

Es bueno ver, de vez en cuando, cómo los grandes maestros de la Lectio Divina “comunican” su experiencia de la Palabra a través de la Predicación. Veamos cómo lo hace este domingo el monje Enzo Bianchi, prior de la Comunidad de Bose.



Sermón de la Montaña – Pietro di Cosimo – Capilla Sixtina

“La Iglesia nos llama hoy a meditar sobre las bienaventuranzas pronunciadas por Jesús, en la apertura de su “discurso de la montaña”. Habitados a escuchar estas palabras, a considerar un texto poético o un ‘manifiesto’ moral, hemos olvidado que se trata de ‘lenguaje de la cruz’ (1 Cor 1,18). Para quien considera la realidad cotidiana surge, de hecho, y de forma espontánea, preguntarse cómo es posible proclamar bienaventurados, felices, a los que son pobres, a los que lloran, a los que son perseguidos. Es más, las bienaventuranzas han salido de la boca de Jesús en una cultura y en una sociedad similar a la nuestra, donde predominaba la ley de la fuerza, donde lo que contaba era la riqueza, donde la violencia estaba al servicio del poder. Hay que subrayar que, ayer como hoy, las bienaventuranzas son escandalosas; y así como aquel que las vivió en plenitud es precisamente el mismo que las pronunció, Jesús, el cual por su narración de Dios ha terminado en la cruz, entonces las bienaventuranzas pertenecen al ‘escándalo de la cruz’ (Gal 5,11).

Cuando leemos estas aclamaciones no podemos permanecer indiferentes: o las rechazamos como utópicas, imposibles de realizar, o debemos acogerlas como acicate que pone en discusión nuestra fe, nuestro seguimiento del Señor y nuestro gozo y felicidad en el vivir el Evangelio.

Sabemos bien que la felicidad deriva del hecho de tener un sentido en la propia vida, del poseer una orientación precisa, del conocer una razón por la cual vale la pena vivir y, más aún, dar la vida. Pues bien, las bienaventuranzas nos indican esta razón y nos permiten a nosotros los cristianos darle un sentido a la vida: Jesús proclama bienaventurados a cuantos viven algunos comportamientos que los ponen en grado de facilitar el camino hacia la plena comunión con dios, comportamientos que deben ser asumidos en el corazón y puestos en práctica. Y lo hace con la autoridad de quien vive lo que le pide a los otros, porque ¡hace lo que dice!

Ser pobres en espíritu significa adherir a la realidad. Hay de nosotros si pensamos que la bienaventuranza sobre la pobreza se refiere solamente a la relación con los bienes: no, la pobreza en espíritu y la pureza de corazón indican que una persona es libre en el corazón hasta tal punto que se siente pobre y así, pobre en el corazón, se siente libre para aceptar su propia realidad, libre también para aceptar las humillaciones. Ser capaces de llorar significa llorar no por razones psicológicas o afectivas, sino más bien derramar lágrimas que brotan de un corazón tocado por la propia miseria y por

la de los otros. Asumir en profundidad la mansedumbre significa ejercitarse a renunciar a la violencia de cualquier forma que sea: frecuentemente la peor agresividad se esconde detrás de actitudes falsamente mansas.

Tener hambre y sed que hagan reinar la justicia y la verdad significa desear que las relaciones con los otros estén regidas por la justicia y la verdad, no por nuestros sentimientos. Practicar la misericordia y hacer acciones de paz significa olvidar el mal que los otros nos han hecho, esforzándonos para perdonarlos. Ser perseguidos por amor a Jesús significa tener una prueba concreta de que se sigue a aquel que ha dicho: 'Si me han perseguido a mí, también los perseguirán a Ustedes' (Jn 15,20).

Quien se encuentra en estas situaciones, quien lucha por asumir estas actitudes, escuchando las palabras de Jesús, puede conocer que la acción de Dios está a su favor y experimentará la bienaventuranza: una alegría profunda y a caro precio, animada por la comunión con el Señor, que nada ni ninguno nos podrá arrebatarnos.

Tomado de <http://www.monasterodibose.it/>

Anexo 4

Para prolongar la meditación y la oración con la Palabra

Un grano de trigo (Mateo 5,1-12)



Lugar del Sermón de la Montaña – Galilea

*“Me siento como un grano de trigo
sembrado en mi fe,
que puede convertirse
en espiga bienaventurada,
bajo la acción germinadora
de la Palabra de Dios,
de la de mis hermanos
hacia actos de amor que irradian”*

(Franck Widro)

